

uno de sus principales títulos de gloria. Prohibió solicitar los bienes de los condenados por causa de rebelion, en atencion á que á veces se obtenia en fuerza de importunidad lo que no podia conceder un príncipe. Disminuyó tambien el espionaje, haciéndose muchos individuos delatores por adquirir los bienes de aquellos que eran víctimas de sus denuncias. Antes de él ingresaban en el tesoro los bienes de los desterrados; ordenó que fueran distribuidos entre el tesoro y el reo ó sus herederos, y que la herencia entera de un padre que hubiera sufrido la pena capital, pasara á sus hijos. Fueron prohibidos los matrimonios entre primos hermanos bajo la excesiva pena del fuego, de la confiscacion de bienes y de la bastardía de los hijos. Tambien se vedó el matrimonio entre tios y sobrinas, tias y sobrinos, entre cuñados y cuñadas, y en general entre cristianos y judíos. Impidióse á estos últimos comprar esclavos cristianos, y permitió á los cristianos dar libertad sin restriccion á los suyos. La dulzura y la humanidad fueron recomendadas á los carceleros, que tan poco tienen de ellas comunmente. Debieron visitar los jueces con frecuencia las cárceles, oír las quejas de los presos y llevar nota exacta de sus reclamaciones. Se prohibió vender, comprar, formar tocadoras de instrumentos, llamarlas á los espectáculos y á los banquetes, y tener músicos de profesion dentro de casa, especie de esclavos contra la cual no cesaron de tronar los padres, como fomentadora de las malas costumbres.

Fuera asimismo injusto olvidar muchas leyes de Graciano, como la que impone á los delatores convictos de calumnia la pena en que hubiera incurrido el acusado. Revocó todos los privilegios otorgados á los particulares, con perjuicio de las corporaciones de que eran miembros, y relevó de la obligacion de obedecer órdenes que los magistrados ó los tribunales pretendieran haberles dado de viva voz el soberano del imperio.

#### CAPÍTULO VI

Triunfo del catolicismo.—Los Santos Padres.

Habian dejado los primeros emperadores cristianos subsistir el antiguo culto al lado del nuevo, por contemplaciones á una multitud de

gentes que les guardaban fidelidad y porque las revoluciones destinadas á cambiar la faz del mundo no se operan de un solo golpe. Todavía los ritos paganos eran considerados como nacionales ó se les denominaba de este modo. Sacrificaban los pontífices en nombre del género humano; en los discursos dirigidos á los emperadores se hacian, no sólo alusiones oratorias á las antiguas divinidades, sino tambien invocaciones y votos. Aún se veia elevada sobre el altar en medio de la curia Julia, donde se reunia el senado, la estatua de la Victoria arrancada á los tarentinos y adornada por Augusto con los despojos de Egipto; antes de entrar en sesion quemaban los senadores delante de ella algunos granos de incienso, jurando fidelidad al emperador.

Numerosas inscripciones atestiguan que las provincias estaban aún firmemente adheridas al antiguo culto, en atencion á que, dirigidos más bien por el hábito que por el raciocinio, obedecian ménos á creencias que á impresiones. En Italia encontramos muchos vestigios de esta persistencia, y más todavía en las Galias, donde el culto de los druidas se mezclaba á las religiones germánicas y á la que habia sido importada de Grecia. Ignoramos cómo y por qué causa cobró nueva vida el druidismo, pero la historia nos ha conservado el nombre del archidruida Merlin, que despues de haber llenado á principios del siglo V con sus profecias las selvas de la Armórica y de la Bretaña, fué considerado despues de su muerte como un sér misterioso, como un profeta, un mágico, y figuró como tal en las novelas de la Edad Media. Olvidando la Germania cada vez más á Odino, habia aceptado algunos de los dioses del Olimpo; pero el vulgo se obstinaba aún en su adoracion respecto de las potestades naturales. Santiago el Mayor y el centurion Cornelio pasan por haber enarbolado en la península ibérica el estandarte de la fé; pero si fué así, no resultó de ello la extincion del antiguo culto llevado por los pelasgos, mezclado con el de los fenicios y el de los cartagineses, sin que hubiera reducido el todo á la unidad la fuerza romana. Con efecto, hallamos en las inscripciones catorce dioses diferentes, ora indígenas, ora extranjeros, si bien designados entonces con una apelacion peculiar de la lengua cán-

tabra. Mucho crédito gozaba el arte adivinatorio entre los vascos; y el concilio de Elvira (365) nos da testimonio de un gran número de apostasías, prohibiendo acertar las dignidades del paganismo, asistir á sus fiestas, dar trajes ó flores para las solemnidades y dinero para las imágenes.

Tambien se adoraban en Africa las divinidades del país y las de Cartago, á pesar de los ilustres doctores de aquel territorio, y al mismo tiempo que el vulgo conservaba sus inhumanas supersticiones, continuaban adictas á ellas las personas instruidas como á un símbolo de la civilizacion entonces floreciente en aquellas comarcas. Máximo, sábio gramático de Medaura, querellándose á San Agustin de la preferencia otorgada á oscuros mártires sobre los antiguos dioses del mundo, y queriendo dar una explicacion racional del politeísmo, se explica en esta forma: «Existe un Dios supremo sin principio ni fin, como padre omnipotente de la naturaleza ¿hay alguno tan desprovisto de razon y tan ciego que no pueda reconocerle con certidumbre? Ahora bien: ¿las virtudes de este Dios, derramadas en las obras de la creacion, son invocadas por nosotros bajo diferentes nombres porque ignoramos los que le convienen verdaderamente?»

Al lado de este filósofo religioso pondremos un devoto, probablemente un sacerdote, que interrogado por San Agustin respecto de sus creencias, se las exponia con una veneracion tímida haciendo remontar á Trismegisto y á Orfeo su doctrina, que consistia en aproximarse á Dios exaltando y purificando su alma. En su concepto, la piedad, la pureza, la justicia, se elevan bajo la proteccion de los dioses secundarios hácia el Dios universal é inefable, cuyas virtudes son denominadas ángeles por los cristianos. A mayor abundamiento, designando generalmente los idólatras de Africa á los fieles con el nombre de romanos, parecian confundir la causa de la religion con la de la nacionalidad.

Tampoco se habia extinguido el gentilismo en las provincias orientales del imperio, aun cuando la aristocracia, sosten del politeísmo, tuviera allí ménos poder que en Roma y estuviera ménos enlazada con las instituciones.

Continuaba Persia manteniendo el fuego sa-

grado, y San Basilio nos enseña que muchos magos se habian derramado por Levante con particulares usos, viviendo aislados de los demas hombres, sin libros ni doctores, teniendo horror á matar animales, considerando como Dios al fuego, y como fundador de su nacion á Zernova.

Pero faltó el paganismo de cohesion y de unidad ¿podia oponer aquella resistencia que nace del convencimiento? Al paso que se advierte entre los cristianos tanto fervor así en las obras como en los escritos, parece como si durmieran los paganos; hablan como pudieran haberlo hecho tres siglos antes, sin apercibirse de que ya no son más que cadáveres los dioses cantados por ellos, y de que la sociedad que habian descrito como viva no es más que una sombra. A pesar de todo no carecia de personas en las escuelas para defender las ideas antiguas, ni en la sociedad para declararse sus decididos campeones. Entre otros citaremos á Urectio Agorio Pretextato, jefe de la piedad pagana, en cuya biblioteca hace Macrobio que se congreguen los interlocutores de sus *Saturnales*, para rendirle testimonio de un respeto muy cercano á la veneracion. Habia reunido en torno suyo los más ilustres restos del paganismo; y cuando era proconsul de la Acaia hizo conservar á la Grecia el derecho de celebrar las ceremonias nocturnas del culto helénico, especialmente los misterios de Eleusis. En seguida se le diputó cerca de Valentiniano á fin de obtener que cesara de perseguir á los angures. Gozó de grande estimacion durante su vida; erigiéronsele dos estatuas despues de su muerte por los emperadores, y una por las vestales.

Estuvo en correspondencia seguida de cartas amistosas con Simmaco, natural de Roma, á quien Libiano habia inspirado su predileccion por al paganismo y la esperanza de restablecerlo. Pero á la par que el retórico de Antioquia amaba la antigua creencia, como superior en belleza á la moderna, como engendradora de hechos magnánimos y de ideas sublimes, Simmaco la consideraba por el lado político y se persuadia de que era llamada á salvar el Estado. Libiano ejercia una especie de apostolado en medio de su escuela, cuyos alumnos se esparcian por todas partes y le enviaban sus discursos ambicionando su sufragio. Al revés Sim-

maco no suministraba ningun socorro á las provincias, ni lo sacaba tampoco; todo lo que podia hacer en favor del paganismo se limitaba al Senado y á Roma.

Hijo del prefecto de esta ciudad (368), fué pontífice, cuestor, pretor (384), gobernó la Campania y el Brucio, figuró como procónsul en Africa, como prefecto en Roma, y por último como cónsul (391). Habiendo formado partido por Máximo, se refugió, cuando fué vencido, á una iglesia de aquellos cristianos á quienes habia combatido, y debió su perdon á la intervencion del papa Liberio. Asociado á los pontífices les trató con enérgico celo, lamentándose de que gran número de ellos descuidaran sus deberes sagrados y aspiraran á ser bien quistos del jefe del Estado. ¡Singular ceguedad! En medio de tan inmensa revolucion habla de la religion de la pátria, como si nunca se hubiera tratado de abolirla y escribe á Pretextato. «¡Cuán afligido estoy de que despues de multiplicados sacrificios no se haya expiado aún públicamente el funesto presagio de Spoleto! Apenas se ha mostrado propicio Júpiter á la cuarta *mactation*; y no nos ha sido posible ni aún á la undécima satisfacer á la Fortuna pública. ¡Piensa en que país estamos! Se trata ahora de reunir á nuestros colegas en asamblea, y te informaré con oportunidad si llego á encontrar algun remedio divino.»

Conjura á los dioses de la patria para que perdonen á los que descuidan sus ceremonias; exhorta á las vestales á conservar cuidadosamente su disciplina; pide el castigo de una de ellas que habia violado su voto, y hace toda clase de esfuerzos para conservar al paganismo su política importancia.

Tal era, en efecto, el único objeto de sus defensores en Occidente, dondenose hallará una sola escuela regularmente establecida como las de Atenas para mantener, con ayuda de una *cadena de oro* de iniciados, la fé en las inmortalidades y las doctrinas teúrgicas asociadas al neoplatonismo. Sólo los maestros que profesaban en las diversas escuelas de Roma, de Milán, de Burdeos, de Treves, de Tolosa, de Narbona, divulgaban todavia las fábulas paganas, haciendo admitir las bellezas de los antiguos autores; y cuando uno de ellos (Eugenio), llegó al trono por un capricho de la fortuna, acudió

en socorro de la idolatría, reedificó el altar de la Victoria, colocó la estatua de Júpiter Olímpico en el paso de los Alpes Julios, y enarbó la imágen de Hércules al frente de sus legiones.

La existencia de estos paganos fervientes nos demuestra que el cristianismo triunfante se habia abstenido de las persecuciones que habia padecido á su nacimiento. Pretextato y Simmaco, haciendo abierta profesion de gentilismo, llegaron á las más altas dignidades; y ni Libanio ni sus discípulos se vieron obligados á mudar de fé ni á disimular la suya. Eunapio y Zozimo escribieron historias en sentido hostil al cristianismo; y los sofistas hacian oír sus querellas con tanta libertad como fuerza, porque, segun ellos, las tinieblas habian cubierto el Capitolio. Entre tanto el número de cristianos se habia acrecentado de tal modo á favor de la tolerancia que ya no habia necesidad de tantas contemplaciones respecto del partido vencido. Ya no se reclutaban solamente en las clases inferiores de la sociedad, sino entre la flor y nata de los ciudadanos, y habian adquirido crédito y poderío. Hasta la misma persecucion teatral de Juliano, comprimiendo un instante la libre manifestacion de los sentimientos por las formas exteriores del culto, añadió mucho á la fuerza de expansion que saca de los obstáculos una buena causa; el fácil triunfo del cristianismo sobre la vana reaparicion de los idolos de Grecia, aumentó la potestad de los obispos, á quienes se vió dispuestos, cual otros tantos capitales, no sólo á propagar el cristianismo, sino tambien á combatir al politeísmo, y demandar que la sociedad rompiera definitivamente los vínculos que la encadenaban á la idolatría.

A pesar de todo, nunca habia dejado de ser perturbada la iglesia en lo interior por los arrianos, cuyas distinciones acerca de la naturaleza del hijo de Dios habian hallado á los emperadores unas veces propicios y adversos otras, segun las personas que les rodeaban. Constantinopla era la sede principal del arrianismo, donde, sostenido por los príncipes y por los patriarcas, ejercitaba en los círculos la locuacidad de las personas á la moda, como hubiera podido hacerlo una noticia reciente. No es nuestro intento enumerar los diversos canales por donde

llegó á propagarse; pero si se medita en que, aplicando nuestra religion inmediatamente las discusiones dogmáticas á la práctica y á la salvacion eterna, reclama la más perfecta armonía hasta sobre los puntos que, al parecer, son meramente especulativos, se comprenderá cuánta confusion debió nacer en el momento en que el rebaño de Cristo se halló dividido. Viéronse en todas partes obispos en oposicion unos con otros, no sólo lanzarse las reprobaciones eclesiásticas, sino tambien aspirar á producir su pérdida mútua, ora en la opinion de los fieles, ora en la de los gobernantes. Estos colocaban en las sedes vacantes, no á los de más mérito, sino á los que participaban de su propia creencia; se veia al pueblo elegir otros, ó reunirse en los campos desertando de las iglesias; si querian intervenir los magistrados encontraban resistencia, y de aquí resultaban violencias, condenas, homicidios.

Tuvieron las creencias ortodoxas para combatir el paganismo ó la herejía campeones de vigor inmenso; y desde San Atanasio hasta San Agustín, una sucesion de hombres superiores imprimió un movimiento prodigioso á los espíritus en toda la extension del mundo romano, y á las opiniones entre todos los hombres. Merced á estos varones el Occidente eleva un nuevo poder con otra fuerza que la espada; despertada la Grecia del letargo de la conquista, ya na se contenta con recuerdos; y abriéndose otras vias que las de la lisonja respecto de los poderosos, ó de las sutilezas dirigidas á oscurecer la razon, torna á dirigirse al pueblo, no ya para excitar sus pasiones y fomentar sus odios, sino para enseñarle la verdad y encaminarle hácia el bien.

Juan Crisóstomo, nacido en Antioquia de una familia ilustre (347), tuvo pocos rivales en celo y ninguno en elocuencia. Era discípulo de Libanio, quien decia con un pesar exento de envidia al admirar sus talentos oratorios: *A él hubiera yo encomendado mi escuela, si no nos la hubieran arrebatado los cristianos.* Tomando hastío á las vanidades de los retóricos y á las brchillerías del foro, Juan se dedicó á las letras y á la vida solitaria. «Cuando mi madre supo, dice, que habia yo resuelto retirarme del mundo, me cogió por la mano, me condujo á su aposento, y habiéndome hecho sentar á su lado

sobre el lecho en que me habia dado la vida, se puso á llorar y luego me dijo cosas más tristes que las lágrimas.» Con efecto, despues de recordarle las penas y los peligros de una jóven viuda entregada á la debilidad de su sexo y de su edad, añadió: «Hijo mio, en medio de estas miserias mi único consuelo fué verte continuamente y contemplar en tus facciones la fiel imágen de mi pobre marido. Este consuelo empezó para mí desde tu más tierna edad, cuando apenas sabias deletrear las palabras con que regocijan los niños el corazon de sus padres. No he disminuido tu herencia como á muchos huérfanos les acontece; sin embargo, nada he descuidado de cuanto convenia á tu condicion, poniendo hasta de lo mio. No lo digo para echártelo en cara, sino para que no me desampares en otra nueva viudez, es gracia que te pido. Queda á los jóvenes la esperanza de llegar á una edad avanzada; nosotros los viejos no podemos esperar más que la muerte. Aguarda á lo menos, hijo mio, el dia de mi muerte que no está muy lejano. Luego que me hayas sepultado, uniendo mis cenizas á las de tu padre, puedes emprender largos viajes y hasta cruzar los mares; nadie te lo estorbará entonces. Pero mientras yo respiro, tolera mi presencia, no te cause fastidio vivir en mi compañía, ni provoques la indignacion de Dios haciéndome infortunada, á mí que en nada te he ofendido.»

El hijo que nos ha conservado estas palabras, en que se pinta el corazon de una madre, debia de ser muy capaz de sentir las; pero una voz más imperiosa que la de los afectos humanos le llamaba á los combates del Señor. Renunciando, no obstante, á la idea de un viaje lejano, se retiró á las soledades que la religion sabia crearse en las inmediaciones de la ruidosa Antioquia. Allí escribió en defensa y alabanza de la vida solitaria, llegando á sostener que un monje con su filosofia cristiana es superior á un príncipe rodeado de fausto.

Vibrando en sus oidos el rumor de que se le queria consagrar sacerdote del mismo modo que á Basilio, su más caro amigo, no se creyó en estado de soportar semejante carga; pero como no queria disuadir á Basilio, se escondió sin decirle una palabra. Ordenado éste de sacerdote á pesar suyo, se lamentó de la conducta

de aquél como de un fraude y de una mentira. Para disculparse Crisóstomo compuso el *Tratado del sacerdocio*, una de sus más notables obras, en que, remontándose desde su apología personal á la importancia general del ministerio sagrado, expone lo que siente sobre su excelencia y sobre los deberes que arrastra consigo. Mientras que por una parte la ambición intrigaba y buscaba el apoyo de los reyes y de numerosos parciales, se veía por otra una humildad excesiva rehusando los honores del sacerdocio. Ambrosio, Basilio, Agustín, recibieron esta investidura contra su gusto; hubo necesidad de amenazar á Gaudencio con la excomunión para obligarle á admitir el obispado de Brescia. A fin de libertarse de este honor se mutilaban los solitarios, y en Africa fué preciso recurrir á la amenaza de un castigo contra los clérigos que se negaban á ser ordenados.

A pesar de todo Juan no pudo evitar que le ordenara el obispo Flavio. Consagrándose entonces al ministerio de la palabra, comenzó la carrera de sus ilustres trabajos, que nos han valido sus numerosos discursos sobre la moral ó contra los herejes; aquellos en que alaba y aquellos en que consuela. Muchas veces predicaba á la semana, por las mañanas antes de los santos oficios, á veces hasta antes del alba para no apartar al pueblo de sus ocupaciones, y por la noche durante la cuaresma. Acudian los judíos y los gentiles, no ménos que los cristianos, en tan inmenso tropel para oírle que se lamentaba de ello y se esforzaba por reprimir los aplausos que estallaban á cada momento. A menudo, abandonándose á su inspiración, hablaba abundantemente. «Me extendía con una proligidad desmesurada y acaso sin ejemplo, no pudiendo dominar el fervor de mi alma, cuyos ímpetus acompañaban á mis palabras. Pero vuestra es la culpa, que con vuestros aplausos y vuestras aclamaciones extraordinarias me obligais á extraviarme. Así como la llama del horno no es en un principio viva y luminosa, pero inmediatamente que se abre paso á través de las materias combustibles se eleva, huye y brilla fulgurante, de igual manera, aumentando el celo con la afluencia y la ansiedad creciente de continuo de mis oyentes, excedía á todo límite, y el agrado de que dabais testimonio atendiendo á

mis palabras fué causa de que me abandonase á la riqueza del asunto.»

Como se le exhortase á hablar contra los paganos, respondió de este modo: *No lo haré hasta que no haya que convertir y más cristianos.* Manifestaba respecto de éstos un amor ardiente y desinteresado. «Hareis para mí oficios, exclamaba, de padre, de hermanas, de hijos; para mí lo sois todo; no experimento gozo ni pesar sino por lo que os atañe. Aun cuando no tuviera que dar cuenta de vuestras almas no me desconsolaría ménos veros perdidos, así como un padre no puede consolarse de la pérdida de un hijo con el pensamiento de haber hecho todo lo posible por salvarle. El objeto más vivo de mis solicitudes y de mis temores no es verme justificado un día ó aparecer como delincuente ante el tribunal temible, sino estar cierto de que todos os habeis salvado, todos sin excepción ninguna, y de que sois felices para siempre. Esto es necesario, esto basta para mi ventura. Acúseme la justicia divina de no haber desempeñado mi ministerio como debía, con tal de que nada tenga que echarme en cara mi conciencia. Dado que os salveis, ¿qué importa el remedio? El que se sorprendiera oyéndome hablar de este modo probaría que ignora lo que significa ser padre.»

Decía á los ricos: «¿Por qué teneis tan alta opinión de vosotros y creéis hacernos un favor cuando venís á este lugar á oír lo que aprovecha á vuestra salvación? ¿Acaso por que teneis riquezas y trajes de seda? ¿No sabéis que esa seda ha sido hilada por gusanos, tejida por los bárbaros, y traída por ladrones, sacrilegos y cortesanos? Dad tregua á esa arrogancia, considerad la bajeza de vuestra naturaleza; sois polvo, ceniza y humo; mandais á muchos, pero sois esclavos de vuestras pasiones.»

Recomendaba á los sacerdotes un activo celo; no quería que frecuentaran las mesas de las personas ricas, ni que tuvieran en sus casas hermanas agapetas bajo el pretexto de mantenerlas, si eran pobres, y de dirigir las cuando eran opulentas. Exhortaba á las vírgenes á no hacer consistir la pureza sólo en evitar las culpas groseras sin renunciar á vivir en el mundo, y á las viudas, que se conducían de una manera poco conveniente, á ayunar y á abstenerse de los baños, de las superfluidades, á contraer se-

gundas nupcias más bien que vivir ociosas, no ocupándose más que de satisfacer su curiosidad y de bachillerías. Hubiera deseado que cada cual hubiese tenido un pequeño hospital dentro de su casa, y que los cien mil cristianos que moraban en Constantinopla hubieran empleado juntos su oro en socorrer á los cincuenta mil pobres próximamente que se hallaban en su recinto, medio seguro para que no quedara un sólo pagano. Reprobaba especialmente la pasión immoderada del pueblo de aquella ciudad al circo y al teatro. Antioquia oía clamarse elocuente boca contra el fausto que no habia abandonado con el paganismo, contra los palacios de pórfito y de cedro, las dispendiosas luchas del circo, la comitiva de esclavos y de eunucos que llevaban en pos las damas. Anatematizaba el ceño de los filósofos, que se paseaban orgullosamente á lo largo de los pórticos, llevando el manto, el bastón y la barba larga; y la superstición que empujaba á aquellos mismos que se habian convertido á la verdad, á consultar todavía á los augures y á los adivinos, á llevar amuletos, á conservar miles de esclavos, de quienes abusaban sin piedad segun el antiguo uso.

Acudian todos á porfía á oír sus reconvencciones, prodigándole cual si estuvieran en el teatro, profanos aplausos; pero se abandonaba con presteza la santa ceremonia para acudir á las carreras y á los paseos.

Crisóstomo procuraba enderezar aquella sed ávida de placeres á la caridad, que era, en su sentir, como un puerto que acoge á todos los naufragos, de cualquier país que sean procedentes; apetecía que se imitara á Abraham dando hospitalidad á los tres viajeros sin preguntarles quénes eran, por bastarle la recomendación de infortunio; debemos, decía, honrar en el infortunado su naturaleza de hombre, no el mérito de sus acciones y de su fé.

Llamado á la sede de Constantinopla (397), reformó las iglesias que dependían de ella, y se esforzó por traer de nuevo los disidentes á las doctrinas ortodoxas.

Gregorio Nacianceno (329), era hijo del obispo de Nacianzo ó Diocesarea. Apasionado por el estudio desde su infancia, fué enviado á Cesarea y á Alejandría para aprender allí retórica, y luego para perfeccionarse á Atenas, que

conservaba, en la opinión á lo ménos, la supremacía en punto á elocuencia.

Allí se encontró con Basilio, el primogénito de diez hermanos, de los cuales uno era Pedro, obispo de Sebaste, y otro Gregorio, obispo de Nisa. Desde el Ponto, donde se habian salvado de la persecución sus abuelos fué enviado Basilio á seguir sus estudios á Cesarea, luego á Constantinopla y por último á Atenas. Allí manifestó en la flor de su edad una madurez viril, reprobando la lijereza licenciosa de los ciudadanos y las querellas de los estudiantes, que en todo el fervor de una juventud ávida de admiración y de sabiduría, buscaban la verdad con inquietud, la defendían con fanatismo, y combatían en favor de sus maestros, como los fieles en favor de sus preladados, como el pueblo en favor de los cocheros del circo.» En Atenas, dice el doctor de Nacianzo, se parecen las escuelas á ruidosos anfiteatros, donde veis á los espectadores agitarse sobre sus sillas en medio de una nube de polvo, seguir con sus gestos los movimientos de los cocheros, aturdir los aires con sus gritos, alargar los dedos como para prolongar el aliento de los corceles; y aunque permanecen á distancia realzar á éste, deprimir á aquel, cambiar escuderos y límites y directores de la liza ¿Y quién hace todo esto? Una turba de ociosos que no tiene con que vivir un sólo día. Tales son los estudiantes de Atenas con sus maestros y con los émulos de éstos. Una vez que han adoptado una escuela, afanosos por aumentar el número de discípulos y de los provechos del maestro en virtud de los medios más contrarios á la razón y al decoro, ocupan las puertas, las calles, los campos, todos los caminos por donde se llega de la provincia, y apenas pone el pié en el Atica un mancebo está á discrección del primero que se apodera de su persona. Es la escena medio seria y medio festiva. Se empieza por llevarle á la casa de algun amigo ó á la del sofista favorito; allí llueven sobre él argucias para humillar sus pretensiones; acreditase la fuerza de su talento y de su carácter en aquel asalto, segun la educación que ha recibido. El que no está al corriente de esta costumbre se asusta ó se ofende; el que tiene conocimiento de ella se divierte por superar en mucho las amenazas al daño. En seguida se conduce al recién desembarcado

al baño á través de la plaza pública, donde se adelanta el cortejo en dos filas; cerca del umbral prorumpen juntos en un grito espantoso y se detienen á un mismo tiempo como posidos de un furor repentino; entonces, como si se negara el baño á ser abierto golpean violentamente á la puerta para asustar al novicio. Cuando al fin se puede entrar es puesto en libertad, y á su salida se le considera como iniciado, tomando desde entonces entre sus discípulos el puesto que le corresponde.

Habiendo evitado Gregorio á Basilio esta indecorosa escena, resultó de aquí entre ellas una amistad de las más estrechas; «Llevados á Atenas prosigue el primero, por Dios, por el deseo de la ciencia, como dos rios que se reúnen despues de un largo curso, continuamos con igual ardor un objeto extremadamente envidiado entre los hombres, la sabiduría; pero no era desconocida la envidia. Nos disputábamos, no el honor de obtener la preeminencia, sino el de renunciarla. Cual si no hubiéramos tenido más que un alma en dos cuerpos, nuestra ocupacion comun era cultivar la virtud y vivir para las eternas esperanzas, aislándonos en la tierra antes de abandonarla. Confundidos en medio de una multitud de jóvenes, impelidos á los excesos por la edad y por las inclinaciones, pasábamos dias tranquilos, semejantes á aquel manantial que, segun se dice, conserva la pureza de sus aguas en medio de las saladas olas. Nos aplicamos de mejor grado á las ciencias útiles que á las que son puro recreo, porque de aquí provienen las virtudes ó el libertinaje de los jóvenes. No conocíamos más que dos horas, la de la Iglesia y la de los maestros.»

Basilio hizo grandes adelantos en la gramática, en la elocuencia, en la filosofía especulativa y práctica, en las sutilezas de la dialéctica, así como en astronomía, en geometría, en aritmética y en medicina. «Pero llegaba el dia de la partida, aquel dia en que los amigos se dicen adios, se llaman una vez y otra, se abrazan y vierten llanto. ¡Ay de mí! ¿Hay cosa más cruel y más amarga en el mundo para amigos, educados juntos en Atenas, que separarse y abandonar tan agradable estancia?»

De regreso á su patria vaciló acerca de la eleccion de su estado. Como Elias y Juan, era atraído al desierto encantado de la soledad;

pero el aislamiento no le pareció á propósito para el estudio de la divina Escritura y para las luminosas enseñanzas del Espíritu Santo. «Aquellos que se consagran á la vida activa son útiles para los demas, inútiles para sí mismos, se arrojan á mil dificultades, y turba la dulzura de su reposo una agitacion continua. Aquellos que se segregan completamente de la sociedad viven más tranquilos, y pueden dirigir más libremente á la contemplacion su espíritu exento de cuidados, mas no son buenos más que para sí mismos, y su vida es más triste que penosa. Escogí, pues, la vida intermedia, consagrándome á meditar con los unos y á ser útil con los otros.»

Despues de abogar en algunas causas, preparacion ordinaria de los que querian tener acceso á los empleos, se dedicó del todo á la filosofía cristiana, y habiéndose hecho voluntariamente pobre, viajó para visitar á santos personajes, especialmente entre los que moraban las soledades de Egipto, de Siria y de Mesopotamia. Ya su hermana Macrina se habia juntado á piadosas mujeres en Ihora, en el Ponto, para vivir allí en una igualdad perfecta, teniendo la misma cama, la misma mesa, la misma pobreza, meditando sobre las cosas del cielo y cantando las alabanzas del esposo que habian elegido. Basilio se fijó en aquel contorno en un sitio silvestre, que gusta ver descrito con la sencillez de una alma virgen y las reminiscencias de la escuela. «Despues de haber perdido, escribe á Gregorio, las esperanzas, ó más bien los ensueños que acariciaba respecto de su persona, porque la esperanza es el sueño del hombre despierto, me he dirigido al Ponto para buscar una existencia conveniente, y Dios ha permitido que halle un asilo en conformidad á mis inclinaciones. Me ha sido otorgado en realidad lo que imaginábamos á veces juntos. Es una alta montaña cubierta de espesos bosques, y regada al Norte por limpidos y frescos manantiales. A la falda se extiende una llanura fecundada por las aguas que allí descienden, y protegida por la selva con árboles de todas clases plantados al acaso. Por mucho que haya encomiado Homero la isla de Calipso entendiendo que sería muy poca cosa al lado de esta llanura. Divídese este lugar en dos valles, y despeñándose el rio por un lado

de las rocas, forma con su curso una barrera continua que sería difícil superar; por el otro cierra todo paso la cordillera de montañas que se comunica con el valle por tortuosos senderos. Somos dueños de la única entrada. Mi habitacion está sobre la punta más avanzada de un altísimo peñasco, de manera que todo el valle se desarrolla á mi vista, y puedo contemplar desde allí el curso del rio, más grato para mí que el Estrimon para los habitantes de Anfípolis... ¿Qué podría decirse de las suaves exhalaciones de la tierra y de la frescura que sube del rio? Otro admiraría la variedad de las flores, el canto de las aves, más yo no tengo espacio para fijar la atencion en esto; lo que más me encanta es que este lugar, con la abundancia de todas las cosas, me brinda la tranquilidad, el más dulce de todos los bienes. No solo está exento del estruendo de las ciudades, sino que ni aun recibe viajeros, á excepcion de cuando llega á reunirse algun cazador extraviado; porque hay caza, no de osos y de lobos, como en nuestras montañas, sino de rebanos de ciervos, de cabras monteses, de liebres y otros animales semejantes. Perdóname haber buscado un refugio en este asilo. También Alcmemon se detuvo cuando halló las islas Equinadas.»

Introdujo en aquellas ermitas la vida cenobítica, cuya reglas trazó describiéndoselas á Gregorio; éste fué á juntarse así como otros muchos á quienes daba lecciones y ejemplo de piedad.

Gregorio y Basilio fueron despues afiliados á pesar suyo en el sacerdocio en el momento en que combatida la iglesia por Juliano, comprendía más le necesidad de tener ministros celosos, instruidos y elocuentes. Durante el reinado de este príncipe, condiscípulo de ellos, permanecieron ocultos, ménos por miedo á sus persecuciones que á sus halagos. Con efecto, empleó toda su sagacidad para arrastrar á sus errores á Cesario, hermano de Gregorio que tenía un empleo en la corte, y lo abandonó á instancias de su hermano, declarándose cristiano delante del emperador. Juliano no quiso, como el decia, proporcionarle los honores del martirio.

Hubiéranse consumido en la oscuridad de la vida monástica las virtudes y el talento de

Basilio, si la ciudad no le hubiera inducido á admitir el obispado de Cesarea. Allí conservó la pobreza, cualidad que iba ya haciéndose rara entre los prelados, y consagrándose completamente á los que padecian, inflexible en la fé, infatigable en la beneficencia, abrió un hospicio, que podía llamarse más bien una ciudad, para los extranjeros y los menesterosos. Fundó fábricas y escuelas y hermoseó á Cesarea, mientras él vivía de pan y de legumbres. Su caridad, que le valió el renombre de predicador de la limosna, se extendía á todos sin distincion de creencias, aunque la tolerancia no entibiaba su celo. Tan débil de cuerpo como vigoroso de espíritu, sobrellebaba vigorosamente la fatiga de las predicaciones continuas y de las visitas pastorales. Cuando se hizo cruel Valente á pretexto de Castigar la mágia, Basilio se opuso á sus delegados, y como uno de ellos le amenazase, le dió por respuesta: *¿Qué he de temer en este caso? ¿La pérdida de mis riquezas? sólo poseo mi vestidura y algunos libros. ¿La muerte? sólo hago caso de la vida eterna. ¿El destierro? mi patria está donde quiera que se adora á Dios.* Haciéndole notar el gobernador que nadie le habia hecho frente de aquel modo; *Consiste, dijo, en que todavía no habeis encontrado un obispo.* Cuando murió le lloraron judíos y gentiles, no ménos que los fieles, como al padre comun de todos, y fué tal la muchedumbre que asistió á sus funerales que muchos murieron allí ahogados.

Habia conferido el obispado de Sasima á Gregorio, el cual, santo, si bien hombre, mostró descontento al verse confinado á una pobre aldea, cuando hubiera podido ejercitar su celo y su sabiduría en más brillante teatro; pero habiendo muerto poco tiempo despues su padre, obtuvo el obispado de Nacianzo, y pasados algunos meses, fué llamado á la sede de Constantinopla por los ortodoxos, que tenían que sostener un rudo choque por parte de los arrianos.

Espantáronse los herejes de la llegada de campeón tan valeroso que les combatía con la doctrina, oponiendo al propio tiempo una humilde pobreza á su ambicion fastuosa. Pusieron, pues, en práctica todos los medios para estorbar que se congregaran en una capilla particular los fieles; aun la invadieron con violencia y